

## Palabras pronunciadas por José Gómez Caffarena en el funeral de José Luis L. Aranguren (1909-1996)

Amigos:

Nos reúne esta tarde el recuerdo de una persona buena, a quien debemos mucho y a quien hemos querido mucho. Somos muchos los que queremos compartir con sus hijos y nietos el dolor de su partida: el que ya no lo vayamos a tener a mano para que nos dé su afecto, su consejo, su inspiración. No están aquí todos los que querrían estar. Otros muchos lo admiraban y lo van a echar de menos; así lo han manifestado ampliamente estos días en los medios de comunicación. En realidad, toda la sociedad española va a echar de menos sus intervenciones certeras, sus juicios lúcidos y valientes, su inconformismo insobornable.

José Luis López Aranguren ha sido, como se ha dicho de él, «reformador moral en época de crisis». Ha sido un gran luchador por la libertad y los derechos humanos, un defensor de causas perdidas. Lo ha sido como profesor de Ética. Por ello, son ante todo herederos suyos quienes gozaron de su magisterio directo —el breve tiempo en que la dictadura lo permitió—. Pero sabemos que su apartamiento de la cátedra se volvió contra los que lo decretaron y el magisterio de Aranguren, contra lo que pretendían, se amplió. Sus escritos y sus conferencias lo han mantenido vivo y efectivo durante tres décadas; que han sido décadas muy importantes en nuestra historia. Aranguren ha unido admirablemente, en este tiempo, compromiso público con independencia. Ha encarnado como muy pocos la figura del «intelectual», que él tipificó tan certeramente. Y como tal ha enseñado a muchos a pensar y a expresarse con libertad.

Pero creo que esta tarde no debemos centrar la atención en su obra y su influjo; sobre los que se va a decir todavía mucho en el futuro próximo. Es más bien su persona la que queremos evocar. Era, «en el buen sentido de la palabra, bueno». Sencillo y atractivo incluso para los que no lo trataron de cerca. Entrañable para los amigos. Vitalista, juvenil, vocacionalmente cercano a los jóvenes. Servicial; convencido (no sólo teórica sino vitalmente) de que sus grandes dotes intelectuales las tenía para ponerlas al servicio de todos.

José Luis Aranguren —esto hay que destacarlo especialmente esta tarde en su despedida— fue un hombre muy sinceramente cristiano. De talante hondamente religioso, no sólo dedicó al tema religioso sus primeros estudios y escritos. Incluso cuando optó por el magisterio ético y cuando, por las circunstancias, fue progresivamente poniendo el acento en la incidencia política

de la ética, nunca dejó de lado la preocupación por lo religioso. Sus escritos lo dicen. También muchas de sus actuaciones.

No puedo dejar de dedicar una mención muy especial al «Foro sobre el Hecho Religioso». Desde enero de 1978 hasta el pasado septiembre, en diecinueve ediciones sucesivas, Aranguren ha sido el alma, la clave de posibilidad de esa modesta institución que ha intentado que se dialogue con seriedad y apertura —crítica y pacíficamente— sobre esa honda dimensión humana, tan importante pero también tan fácil de manipular contra su genuino sentido; esa dimensión que, debiendo aportar a los humanos esperanza, luz para lo difícil, serenidad y paz, ha sido tantas veces —y entre nosotros hasta hace poco— bandera de desunión y hasta de guerra, causa de polémicas y cebo de fanatismos de todos los signos.

José Luis Aranguren era muy sinceramente cristiano. Pero pensaba con razón que el serlo no implica el renunciar al sentido crítico; que el servicio que puede prestar a la causa cristiana un intelectual incluye la aportación de su crítica: de una crítica hecha «desde dentro», con lealtad y sin acrimonia, aunque con toda la sinceridad necesaria —ya que sólo la sinceridad de la crítica acredita la sinceridad de la profesión de fe que se mantiene—. Era particularmente crítico con las estructuras organizativas de la Iglesia católica, su Iglesia. Pero siempre con motivaciones evangélicas, sin hostilidad. Repitió por ello no pocas veces una distinción, que algunos le reprocharon: «eclesial, aunque no eclesiástico». Así, incluso, en el libro *Contralectura del catolicismo*, que en 1979 recogió, con sus apostillas, el libro escrito en 1954, *Catolicismo días tras día*.

Pocas cosas —añadiré de paso— encuentro tan aleccionadoras como apreciar la cercanía y la distancia de ambas posturas. Porque lo que en realidad aparece así no es sólo la evolución de veinticinco años de la vida de Aranguren, sino la evolución de veinticinco años de la Iglesia católica. Aranguren, el «intelectual católico» tan moderadamente progresista de los años cincuenta, fue un entusiasta de lo que anunció el Concilio Vaticano II; fue también, lógicamente, decepcionado por las posteriores indecisiones en la línea comenzada. Pero nunca hasta el desencanto —él que había enseñado a reflexionar sobre desencantos—. Por ello también, cuando se autodenominaba «heterodoxo», cuidaba de añadir: pero no «hereje». Y, por supuesto, su heterodoxia no quería decir sólo independencia frente a las instancias doctrinales católicas, sino independencia frente a toda instancia ideológica autoritaria.

A la muerte —a su muerte—, Aranguren supo siempre mirarla con serenidad. Su temple no era unamuniano. «Diré que puedo morirme —expresó ya en 1980— en el momento en que empiece a reconocer que ya no tengo nada nuevo que decir.» Y quería «una muerte sin UVI, sin “cuidados intensivos”, tubos por todas partes, barullos y ajetreos...». Y así ha venido a ser: una muerte «discreta», se ha escrito con acierto. Eso sí, «con cariño de familia»; y eso también lo ha habido. Y con el último viaje deseado: a su Ávila, de la que

escribió: «entre pétrea y mística, en la que, más que vivir y, desde luego, más que avecindarme, he elegido recordar, visitar, soñar y, un día, ser llevado a reposar».

Vamos a celebrar, en su recuerdo, la Eucaristía, la despedida de Jesús de cara a su muerte en la cruz. A José Luis, más que en el «más allá» —que en modo alguno excluía, pero al que temía referirse por sus inevitables ribetes míticos—, le consolaba pensar en esa «vida eterna que puede darse en cada instante», que podemos vivir *desde ahora mismo*. Los cristianos en la Eucaristía, tras «anunciar la muerte» de Jesús, «proclamamos su resurrección». Lo que creemos al hacerlo es la vida definitiva de Jesús en Dios. Y creemos que esa vida es llamada a la vida para los suyos, para todos: hacia la Humanidad nueva. No un mito para imaginar. Un inescrutable «misterio de fe».

Esta tarde nos atrevemos a esperar en el más pleno sentido la vida eterna de quien ya no va a compartir más con nosotros la vida temporal. Nos alienta lo que hemos oído en la lectura: «a esa vida se pasa desde la muerte por el amor a los hermanos». Y, por simbolizarlo en la imagen evangélica, esperamos por ello que José Luis haya escuchado en su «juicio»: «tenía necesidad de enseñanza y orientación, y me la diste», «necesitaba consejo y aliento y acogida humana cálida, y me los diste».

Para todos nosotros los que lo hemos querido —para cada uno a nuestro modo— José Luis Aranguren seguirá viviendo. A cada uno, su palabra escrita y el recuerdo de lo que convivimos nos traerá inspiración y aliento para vivir y actuar éticamente, humanamente, y seguir ayudando a que así se viva y actúe.

(Homilía leída en el funeral, Madrid, 25 de abril de 1996)